

La comunidad social sería la propietaria general y única renovadora de todos los medios sociales de producción; ella sería la capitalista general.

El principio doctrinal y económico de la producción colectiva no impide de ningún modo que cada cual se procure, con el equivalente del producto de su trabajo, lo que responde a sus necesidades y a sus deseos.

La posibilidad y la libertad de donar, sea a los parientes, sea a personas extrañas y a las asociaciones, no son, en absoluto, contrarias a los principios del colectivismo.

Al trasladar la gran síntesis colectivista de Schaeffle, ha sido nuestro propósito abandonar deliberadamente los procedimientos de atenuación y de medias tintas, para que respaldada en toda su franca crudeza la imagen de la sociedad que ha de ser la sucesora inmediata de la actual sociedad capitalista.

Y esa futura forma social señalada con precisión casi matemática por el potente talento deductivo de Schaeffle no es, como se ve, una utópica invención socialista, sino la resultante lógica de la sociedad presente.

De estas trabas, la mayor es, seguramente, la del asalaramiento, que Chateaubriand consideraba como la última y la peor forma de esclavitud; la última, por cuanto es el eslabón final de la abrumadora cadena que por largos siglos ahorra al ser humano; la peor, porque el antiguo esclavo tenía al menos su garantía de vida en el valor monetario y en el capital que representaba para su amo, en tanto que el esclavo moderno, o sea, el asalariado, no existe sino como fuerza de trabajo, ni se reproduce sino en armonía y con arreglo a las necesidades de la producción capitalista.

Con el régimen económico del colectivismo habrá desaparecido o cuando menos se habrá modificado ventajosa y profundamente la forma actual del asalaramiento; y con la desaparición del asalaramiento desaparecerá también el prototipo de la sociedad capitalista: el millonario.

¿Cuánto cuesta, se pregunta el diputado socialista beige, Emilio Vandervelde, cuánto cuesta a la comunidad el sostenimiento de un millonario que no trabaja y que, no obstante, percibe unos veinticinco mil francos de renta sobre la producción nacional?

El cálculo es simple: 25,000 francos equivalen al costo de 10,000 jornadas de trabajo a razón de 2,50 francos, que es aproximadamente el precio medio de los salarios en Bélgica; ó en otros términos, gracias a esta gallina de los huevos de oro que se llama el capital, cualquiera que se haya dado el trabajo de hacer millonario obtiene gratuitamente cada año el precio de 10,000 jornadas de trabajo. Y si este fello mortal hubiera de ser mantenido por un solo hombre, sería preciso que el pobre diablo penara durante treinta ó más años para producir un valor igual a las entradas que su amo recibe cada año.

Nada agregaremos a lo dicho por Vandervelde, temerosos de profanar con el más leve retoque la perfección de este cuadro magistral. Y no se alegue que si la sociedad capitalista produce millonarios, nuestro colectivismo, en cambio, sería una prima otorgada a la pereza; porque a esto contestaremos con Jaurés, que lejos de ser una prima a la pereza es, por el contrario, una verdadera prima al trabajo que el Socialismo ofrece a los trabajadores, entregándoles el equivalente de lo que hayan producido y estableciendo como medida de remuneración el esfuerzo personal de cada uno.

Ahora bien: aplicar el remedio y operar la transformación con criterio científico y humano, es precisamente la tarea y la misión del Socialismo Democrático.

JUAN B. LARRUCEA

LA LIBERTAD DE LA PRENSA

Decla Larrucea en el número anterior de este periódico: "Pero con la misma ecuanimidad con que elogiamos la parte útil y be-

néfica realizada por esa oligarquía (la burguesía dirigente) en el período culminante de su predominio absoluto é incontestado, así también, pregonamos a todos los vientos su actual manifiesta impotencia para imprimir a la nación nuevos rumbos de progreso."

En los precisos momentos talvez en que el cajista componía esas líneas de nuestro redactor en jefe, la burguesía dirigente se encargaba de evidenciar con un hecho concreto que ellas eran inspiradas por una apreciación exacta de nuestra vida política y, por consiguiente, la expresión rigurosa de la verdad.

Efectivamente, en esos mismos días el señor Walker Martínez pedía al Ministerio, desde su asiento de senador, que incluyera entre los asuntos enumerados en la convocatoria un antiguo proyecto destinado a restringir la libertad de imprenta. Uno de los ministros, perteneciente a la fracción doctrinaria de un partido, no encontró mejor medio de precisar la significación transcendental que todo el mundo atribuía a la exaltación de un ministerio de rebuscada filiación liberal, que prometer al fogoso representante conservador que pondría sus mayores esfuerzos al servicio de tan justa aspiración.

Como se ve, esto es mucho más de lo que Larrucea afirmaba. Ya no es un misoneísmo hosco é irreducible, ni tampoco la "manifiesta impotencia para imprimir a la nación nuevos rumbos de progreso." Hay algo mucho más grave que todo ese bagaje fatal con que los timoratos y los egoístas dificultan el paso de las buenas ideas y de las reformas progresivas; y ese algo es el prurito insensato de volver hacia atrás, de retrogradar en la escala de la civilización, de destruir todo rastro de perfeccionamiento para sofocar cualquier tentativa de avance hacia una condición mejor.

Como la actividad es una ley ineludible de la existencia, —y de ahí el progreso,— la burguesía obedece al perpetuo afán de hacer algo; empleando sus fuerzas y su inteligencia en mutilar torpemente las libertades conquistadas, en desandar el camino recorrido con tantos sacrificios al través de los reductos y de los aguazales de la reacción, que ha habido que derribar y que salvar.

Así se explica esta especie de conjuración que se ha promovido contra las leyes más liberales y democráticas de la República. No queriendo marchar hacia adelante, se pretende efectuar una maniobra de retirada, mil veces más perniciosa que la inercia absoluta en la que, como en una charca, todo se marea y se corrompe. Respondiendo a esta espontánea maquinación de retroceso, *El Mercurio*, que es el representante más encumbrado y sincero del espíritu conservador, ha iniciado una propaganda porfiada contra todas las reformas de progreso que se ha logrado introducir durante los últimos años en nuestras instituciones civiles: incompatibilidades parlamentarias, comuna autónoma, libertad de imprenta, etc., etc.

Y si dentro de las distintas denominaciones en que está dividida la opinión política del país, hubiera por lo menos un partido de ideas avanzadas que custodiara el terreno adquirido y se mantuviera en él, se podría esperar razonablemente que esos desvaríos del atavismo colonial cayeran en el vacío, como una manifestación inofensiva de la sujeción que el pasado ejerce sobre los espíritus caducos. Pero, desgraciadamente, esta circunstancia debe ser eliminada en los actuales momentos, al menos dentro de la acción parlamentaria, puesto que el señor Walker Martínez encontró expedito el camino para su proposición, gracias al liberalismo intercedente de un ministro que presume de doctrinario y a la muda complacencia con que los senadores radicales toleraron aquella violación de principios.

Mientras tanto, ¿qué es lo que ha originado esta recrudescencia de hostilidad contra la libertad de la prensa?—La publicación atenuada y discreta de una calumnia que afectaba la honorabilidad del presidente de la Cámara de Diputados, calumnia que andaba traficando de boca en boca en los corrillos y en los clubs de la capital. Se tomó pie, pues, de un hecho aislado y casi extraño a la historia de la prensa para pretender dar un zarpazo mortal a la ley que garantiza su amplia libertad y que constituye uno de los timbres de orgullo de este país, sin tomar en consideración que esta misma prensa, en virtud de su misión ilustrativa y de rápida investigación, no tardó en cojer los hilos de aquel grosero complot de difamación para ofrecer a la víctima una brillante y halagadora reparación de triple carácter: social, política y profesional, dejando plenamente develada la intonsa calumnia é instaurada victoriosamente la reputación del ofendido, interrumpida poco menos que insensiblemente por unas cuantas horas.

Y es que en la muy curiosa rivalidad de indignación, en su mayor parte imitativa, de

que se sienten poseídas algunas gentes cuando un diario coje en sus columnas una noticia de resonancia social, se pierde de vista absolutamente que la prensa no hace más que reproducir los rumores persistentes que la maledicencia privada ha conseguido hacer públicos; porque nó de otro modo se pueden calificar, en realidad de verdad, los comentarios sordamente condimentados que va combustionando la implacable murmuración al través de los centros más cultos y frecuentados, para llegar a absorber las conversaciones de los portales y para concluir en recorrer las calles, las plazas públicas y los alrededores de las iglesias a la salida de la misa de buen tono.

Hasta cierto punto, este desconocimiento de la naturaleza y del papel que le corresponde a la prensa diaria y periódica, no es más que a medias-impremeditadamente sincero; porque el espíritu reaccionario sabe a ciencia cierta que los abusos a que muy de tarde en tarde dá margen la prensa de guerrilla, son condiciones inherentes a la práctica de cualquier sistema de libertad, y la sanción liza y llana de estos abusos no puede de ninguna manera marcar el límite de sus propósitos de represión; pero él aprovecha con toda consagración estas coyunturas para crear atmósfera propicia a sus tendencias embozadas a socavar las instituciones liberales, haciendo converjer especialmente las críticas impresionadas de un momento dado, sobre la libertad de la prensa, que es la libertad matriz, la suprema generadora de todas las demás libertades, como que bajo su égida generosa germinan las ideas de justicia y se propagan las iniciativas de reformas.

Es un deber, por consiguiente, de todos los hombres de progreso resistir y rechazar cualquier proyecto encaminado a desquiciar los fundamentos de amplia independencia y seguridad que garantizan la vida de la prensa. Sería un engaño lamentable, un error de incalculable transcendencia, aquilatar las bondades de una ley que hace honor a Chile, por meros y señalados incidentes personales que, después de todo, han hecho posible siempre la justificación de las reputaciones lesionadas. ¿Cómo sería aceptable poner estas nimias excepciones de la práctica en la misma balanza donde pesan los inapreciables beneficios que esta libertad ha prestado al través de la vorágine de los acontecimientos diarios, a la cultura intelectual, a la educación de los caracteres, a la regularidad de las funciones públicas, y sobre todo a la vulgarización de los principios inmortales que han de ir elevando y dignificando la personalidad humana? Tanto valdría poner trabas al derecho constitucional de traficar libremente por el territorio de la República porque hay malhechores que, prevalidos de esa facultad, consuman actos de despojo ó de asesinato; tanto valdría cercenar brutalmente el derecho de reunión porque alguna vez, en el ejercicio de esta libertad, se hubiesen producido incidencias censurables.

Nó, la ley de imprenta debe seguir siendo nuestra libertad inmaculada de hoy día. Ella es y debe ser intangible, porque, en su magnífica simplicidad, se asemeja al conjunto de sorprendentes combinaciones con que se mueve un mecanismo vasto y complicado; la sustracción ó la fractura de la más insignificante ruedecilla interrumpe y anonada el movimiento total.

El partido demócrata-socialista, conforme a su programa, no puede dejar pasar en silencio el conato de reacción que envuelve la proposición del señor Walker Martínez en el Senado, puesto que en dicho programa declara como base de acción futura el mantenimiento de todas las libertades políticas existentes. Es también lo más conforme con la razón; como lo es todo el cuerpo de doctrinas que resumen las aspiraciones y los justos anhelos de las clases obreras, porque parece más lógico propender a la adquisición de nuevas libertades que amputar las ya adquiridas.

MANUEL F. VAKAS CIRELLA.

POR QUE VAMOS A LA EVOLUCIÓN

En el actual régimen social la clase obrera tiene intereses opuestos a la clase capitalista y, por consecuencia, todos los partidos políticos burgueses, por radical que sea su bautizo, son enemigos de la clase obrera. (Juan José Marcha, secretario del Partido Socialista Obrero Español).

Henos aquí de lleno en la iniciación de una evolución que, inni a la corta, estamos seguros, habrá de ser trascendental para el país y para las clases trabajadoras de Chile.

Por qué entramos, con todo el fervor de las convicciones profundas, a tomar fila en las avanzadas de la legión que enarbola resuelta la bandera de la

emancipación social, política y económica del proletariado?

Preciso es decirlo claro, en voz alta y sin cobardía, para que los pacatos y pusilánimes se decidan a abandonar el sistema de dejar hacer, dejar pasar y entren en la actividad de los que creen que no hay mejor divisa que querer es poder.

Tenemos ya un siglo de vida republicana, bajo el imperio de leyes é instituciones de carácter democrático y progresista, pero de índole absolutamente medieval.

Organizados los partidos políticos con sus programas y denominaciones, el proletariado les ha visto luchar y sucederse en el gobierno en nombre de muchas cosas que, realizadas, han sido beneficiosas solamente para la clase acomodada, sin que al pueblo correspondiera nada, salvo un poco de libertad, que no le ha tocado como obsequio, sino como parte de un bien general. De manera que desde la independencia hasta ahora los partidos no han dado nada al proletariado, que es el elemento electoral y, por consiguiente, acreedor a muchas recompensas de sus mandatarios.

Ni en el trabajo, ni en la instrucción, ni en la salubridad, ni en el ejercicio de sus derechos, ni en la desgracia, en ningún caso, en fin, de la accidentada y miserable existencia del hijo del trabajo, se ha visto el propósito ó la voluntad de la burguesía de atender una sola necesidad. Solo ha sido inexorable para exigir el cumplimiento de los deberes.

El sacrificio de afectos, de sangre y de vida en las horas solemnes de la patria; la satisfacción de impuestos y gabelas directas é indirectas; el acatamiento y cumplimiento severo y estricto de las leyes dictadas exclusivamente en contra del pueblo; eso sí que la burguesía no descuida los momentos de imponerle al proletariado con toda la fuerza del poder que éste mismo le ha dado inconscientemente ó engañado.

Pero los partidos van encontrando poco a poco su castigo. El pueblo se ha engañado en parte al buscar nuevos medios de satisfacer sus aspiraciones; pero los engaños sufridos le han enseñado a perseverar en busca del camino que le conduzca hacia el bienestar, y allá va con decisión.

Cansado de esperar algo de los partidos conservador y liberal, el proletariado recibió con placer al radical, cuyo programa y cuyos precursoras promesas bellas expectativas. Pero el partido radical llegó al gobierno é hizo lo mismo que los otros: ser enemigo del pueblo, cuyos intereses han sido defraudados en todas las leyes á que ha contribuido en el parlamento.

Cuando, durante la administración Santa María, los partidos liberal y radical dieron cima a algunas reformas de que resultaron leyes acordes con los progresos de la época, el pueblo se halagó con la esperanza de que pronto vendrían otras de carácter benéfico. Pero se equivocó: la administración Balmaceda fué el término del apogeo á que aquellos partidos habían llegado, sustituyéndose la intriga y los recelos al espíritu de trabajo y de adelanto de la Nación.

La administración Balmaceda se inició con una escrupulosa vigilancia de radicales, liberales y montvaristas, que, puede decirse con propiedad, formaban un celoso Otello, trastornado con las intrigas del Yago del conservantismo, que hizo de esa administración una verdadera hermosa Desdemona, cuyo sacrificio hubo de concurrir el proletariado también engañado una vez más.

Convertida la intriga en tragedia, los partidos dieron al traste con la situación más hermosa que ha tenido el país; con un presupuesto de entradas apenas no sólo de satisfacer necesidades, sino de proporcionar lujo en obras de importancia; con crédito sólidamente cimentado en todo el mundo; con un presente risueño y un halagüeño porvenir.

Y arrojaron doscientos millones de pesos; arrastraron a la muerte quince mil vidas; esterilizaron por mucho tiempo la industria, el comercio y la agricultura; llenaron de huérfanos los asilos; sembraron las ciudades y los campos de ladrones y bandidos (su que faltaban algunos en plazas públicas); aumentaron los presupuestos con miles de pensiones; entregaron los ideales y principios al clericalismo; y abrieron la puerta a todos los escándalos de más tanto.

El proletariado, siempre víctima propiciatoria, recibió, como era natural, los desastrosos efectos de tan tremendo desastre. Con estoicismo digno de su temple aguardó, sin embargo, días mejores.

De entre las ruinas de tal hecatombe surgió un nuevo partido, el balmacedista, Exprobrado hijo del crimen, nacido de híbridas entrañas liberal-radical-montt-varista-conservadoras, llegó al mundo en busca de quien quisiese adoptarlo como hijo, pidió el auxilio al pueblo y le tomó su nombre y se llamó liberal democrático.

El pueblo creyó que se acercaba una era de regeneración y que el nuevo partido nacido en el sufrimiento y escarmentado con tan dura lección, sería el llamado a realizarla y le prestó todo su concurso hasta verlo muy robusto y en camino de satisfacer las expectativas.

Y nuevamente se equivocó. Llegó la administración Berrázuriz —en que nada quedó sin corromperse— y este partido entró sin vacilar en el concierto de abjuraciones, de traiciones, de peculados y de inmundicias de todo jaez que caracterizaron aquel desgraciado período de orgías y desvergüenzas en que no quedó partido sin tomar su parte correspondiente.

Las esperanzas del proletariado quedaron una vez más defraudadas.

Con la historia de tres cuartos de siglo y ante un porvenir oscuro respecto de su suerte, los elementos populares comenzaron a agruparse á principios de la administración Balmaceda y formaron el partido democrático.

Dada la situación en que nació, inspirando recelos y temores aún en los mismos compañeros, hostilizado por todas partes, su programa debió necesariamente encerrarse en abstracciones susceptibles de concretarse en época más ó menos próxima.

En catorce años que lleva de vida el partido, su programa —tomando en cuenta la índole que se tuvo al fundarlo— ha quedado tan pobre y atrasado, que necesita una reforma amplia para que corresponda al verdadero fin de las colectividades populares.

Mantenida como hasta ahora la cohesión y la inextinguibilidad de la masa del partido democrático, no ha podido ir muy lejos, porque también ha recibido el contagio de los otros partidos en algunos de sus miembros que han ocupado cargos públicos y que han pretendido alzarse con la dignidad del partido.

Ha sido menester obrar con suma energía para evitar un desastre.

La mala conducta de esos ciudadanos, que no pudieron escapar a la voragine de la descomposición política, ha hecho detenerse el desarrollo de este partido. Si agregamos a esto la caducidad casi completa de su programa, salta a la vista la necesidad de proceder a su reforma para que no se marcen en la inercia elementos tan preciosos y que harán mañana la felicidad de sus hermanos del proletariado.

Contempladas las cosas de la manera que queda expresada, llegamos a la conclusión lógica y presentamos:

¿Qué partido es el que, despojándose de su tradicional egoísmo o disimulando siquiera sus desmedidas ambiciones, puede algún día llegar a dar al proletario lo que necesita y que por derecho le corresponde?

El partido conservador?

Teniendo por principio los mandatos del *Syllabus*, por base la conservación de la propiedad feudal, por divisa la acumulación de capitales—para lo cual se venen las familias pudientes de las mismas ideas—y sirviéndole de insuperable factor el explotado inquilino y de poderoso agente la mansa devota, el partido conservador no ha dado, no da, ni dará jamás al proletario otra cosa que la dicha de la gloria y del cielo en la otra vida. Enemigo jurado del progreso, no puede ofrendar en sus aras nada que signifique una gota de aceite para suavizar los ojos del gigantesco avasallador del ayer.

El partido liberal?

Hermoso mito con muchos cascabeles y fanfarrias, que entona de vez en cuando tiernas endechas al pueblo para seducirlo como el amante fementido que al día siguiente olvida y escarnece.....

El partido radical?

Unos cuantos buenos, se acabaron. Dos vivos están imposibilitados, por sus funciones el más precioso, y otro, aunque de buenos sentimientos y de gran fortuna, pesan sobre él las influencias de los jerenes que, como Mac-Iver, junto con hacer retroceder un siglo los ideales del partido en una conrección de hace poco tiempo, son enemigos declarados de la clase trabajadora, a la que en toda ocasión propicia le dan en la cabeza.

Nada puede, pues, dar al proletario un partido cuyo primer jefe pone a prueba su gran talento tribuyendo oponiéndose en el parlamento a una subvención para una sociedad de obreros.

El partido liberal-democrático?

Hijo de no muy legítimos amores, nacido bajo los auspicios de una situación tenebrosa, como fruto de una crisis intensísima, no ha podido siquiera encontrar un padre de quien llevar el nombre y, como el bastardo de dorada cuna arrojado a las puertas de un templo, ha ido a los brazos del pueblo y tomado su nombre y alimentándose con su savia, no para crecer y vivir en su servicio, sino para reivindicar sus fueros y alzar después el látigo sobre su benefactor que por lástima le ha alimentado en sus horas de orfandad.

El partido liberal-democrático, que tuvo como primer jefe al aristócrata más refinado y orgulloso y que tiene actualmente a su cabeza otro no menos orgulloso señor feudal, cuya es la escuela de su estado mayor, no puede ofrecer al proletario nada, absolutamente nada que pueda abrirle senda hacia un futuro bienestar. La sangre, los abolicionistas y, sobre todo, los intereses se oponen a ello.

Parécenos haber demostrado, en lo que queda expuesto, que los partidos políticos de Chile son declarados enemigos de la clase trabajadora, por la razón sencillísima de que, formándose ellos de unas pocas personalidades de posición, acompañadas de una pequeña parte de la clase popular, adquieren los sufragios para los puestos en el mercado electoral.

Si mañana el proletariado, meditando sobre su muerte, ratiocinando sobre su porvenir, estudiando con su reconocido buen criterio el ominoso estado social en que nos encontramos, se agrupa en torno de la bandera de emancipación que enarbola el Partido Democrata-Socialista, ¿qué les queda a los partidos tradicionales? Declararse vencidos y caduca su existencia, puesto que no podrán surgir sin la base popular, tantos tiempos engañada, explotada, escarnecida y envilecida.

Al partido democrático, joven, robusto, honrado y prestigioso, corresponde la acción de levantar el espíritu popular para iniciar con bríos y sobre más firmes bases la evolución hacia la conquista del bienestar social de nuestra clase.

Por lo que a nosotros respecta, hemos aceptado la evolución y vamos a ella sin vacilaciones de ninguna especie, poniendo a su servicio todo cuanto nuestros esfuerzos lo permitan, porque ha sonado ya la hora de la liquidación de un estado de cosas contrario a la naturaleza, contrario a la época, contrario al progreso de la humanidad.

y el compañerismo misma idea ha

En tan delictivo calificativo de un partido, en un extravío, de cesión, ha llegado hoy en día mismo, su natu

Pero si la dihas, la justicia de los miembros, consideramos y fundamento por igual a los deña su progr principios, ro entre esa enti Y los ciudada que hacen uso ber apartándo sin rumbo y q téreas playns

Y siendo es tes tan animo trados de sus tros amigos dolor, pero sit figurado con muchísimo m acreedores p aquilutados si

Mas, si con pierde, los ga ta, a la que e tan, como m de entusiasu desinterés.

He aquí la

Señor Presid paraís

Estimad

Desde que quedado el i siasmo. En a juventud des tido en el pa ponderle, se dieron, consi tranquilidad

Con esto h los dirigente omnimoda a la cual no le ellos, que s orden intern

La *supren* encuentran las que podieran ante sus cof ser solo por

Ellos son escrita y que las asamblee ríneros de e cer y creer e que tan a mi

Esta situa partido-dem ciudadanos i que el progr dad, trabaja

Consecuen cimiento, de se vayan bo lismo y no que ya no se

Tanto da servador. A Ambos está de la iglesia te país, y i prebendas.

Sin cuerg mo chileno quia.

Adhucime que sustenta cual encuento principios q cales y alien querido ver compatibles

Sintiendu rido y en e por ideas q desuso, nos